

Mario Osses

Zumos

I

PRESENCIA DE CANTINFLAS



A imaginación creadora de Mario Moreno cuenta desde la poesía fonética del nombre que inmortaliza: Cantinflas—voz eufónica—sugiere el tintineo de monedas de plata en una caja de resonante oquedad o el trampolín de un impulso flácido o una opulencia de humo, en fin, que se devana en melodiosa dispersión.

Ha impreso en seguida a su personaje la desapostura dislocada en que algunos límites naturales han cedido terreno... Por manera que la insolencia del talle (en cuyo cabo inferior la flexibilidad culmina) que la prestancia de hombre desenfadado, de «roto niño» capaz de sortear con buen suceso cualesquiera eventualidades.

La creación de Moreno es la sátira de mayor y mejor volumen contra el hombre hispanoamericano y de hoy en adelante deberá tomarse en cuenta por toda filosofía que persiga la captación de nuestra idiosincrasia.

Como ha ocurrido siempre con las grandes obras, el mensaje ha sido interpretado con perspectivas diversas, pero sin exclusión de clases. Cantinflas deleita a los ocupantes de las distintas aposentaduras elevándolas al plano de la conciencia

los defectos que con ellos tiene más o menos de común. Y es evidente que entre los espectadores sobran quienes pueden emularlo con suerte no escasa.

Si se admite que la risa provocada por el ridículo es un latigazo con que la sociedad refuerza su labor educacional, la agencia correctiva de Cantinflas sobre nuestras costumbres e instituciones es uno de los tónicos que nuestro organismo requiere en dosis respetables.

Cantinflas es una especie de injerto de primitivismo americano que une a su transparente ingenuidad notoria falta de crítica. Esta última lo lleva a una transmutación de valores en que la jerarquía habitual absoluta se ve desplazada por otra de carácter móvil y contingente.

No tiene el menor sentido de las proporciones: es «confiado»; como su atención no ha sido ejercitada en disciplina alguna, es instante y no llega jamás al concepto que afianza y determina la naturaleza de los objetos: es «larguero» e «irresponsable»; su vida realiza groseramente lo inesperado, vive «al día», ayuno de previsión; es «improvisador», dirigido por la brújula de la «tinca».

Cantinflas es el capitalista del humo...

Su lenguaje es la tarjeta de presentación más auténtica. Efunde un tropicalismo mental, una exuberancia enmalezada y dispersa de tan violento cuño, que no bastan a desbrozarlo para alcanzar un fruto posible—no digamos los hablistas consagrados en las altas pruebas de la retórica—pero ni siquiera Aristóteles, aunque «resucitara para sólo ello». No obstante, sugestiona a sus auditores con el frenesí de su arte mímico y su facundia incontenible, que caen sobre las almas como bálsamos de hechicería.

Cantinflas es el virtuoso del psitacismo o papagayismo, vicio lógico que consiste en hablar con palabras cuyas acepciones desconocemos. Es el corifeo de esa sensualidad verbal que

ha establecido sus reales en nuestro Continente desde la tribuna hasta la cátedra.

Si Cantinflas fuera profesor o escritor, descubriría a cada momento el Mediterráneo; pero no los presentaría con tan singulares aderezos, que a buen seguro se escaparán en su demanda algunos discípulos.

Cantinflas es un imaginativo horro de cultura, un soñador desmazelado, flojo, para quien el progreso carece de urgencia. Tiene un pasar en extremo parecido al de los «pícaros»; pero su buen fondo (que hemos llamado de transparente ingenuidad) se mantiene incontaminado y le depara arrestos de tan noble osadía que no resulta descomedido asimilarlos a los de Don Quijote.

No en vano ha tomado su nombre la «s» del plural, como si con ello quisiera revelarnos la frondosidad anímica de su poseedor junto con la institución de un género por cuyo número vela con clara solicitud la fortuna.

América Latina es la madre generosa de Cantinflas. Ella le ofrece campo propicio a sus actividades, que se caracterizan por una desconcertante precocidad. Cantinflas no comprenderá jamás el que haya una persona especializada en algo, toda vez que él es omnicio, es un sábelotodo que atiende en el boliche de su cultura a los cofrades que se manifiestan henchidos de gratitud, transidos de unción mística.

Cantinflas contiene multitudes. Cantinflas prolifera, produce Cantinflas. Y ved el modo cómo sus creaciones se reconocen entre sí, reparad en sus credenciales: desprecian con desdén olímpico la especulación mental que se tiende como un puente sobre la angustia que atenaza al hombre; simpatizan por medio del comercio gárrulo, chacharero: les rodea una aureola de fulgor perifrástico que los transforma en verdaderas girándulas verbales; poseen grandes condiciones para preterir los problemas, porque son incapaces en absoluto de vincularse con la comunidad y reconocer sus obligaciones: delinquen por omisión;

aceptan el desempeño de cualesquiera cargos, precisamente para «cantinflar»; tienen la fanfarronería, la jactancia propia del factótum presumido y negligente que desconoce la poesía del carácter, de la disciplina, de la voluntad; son los maestros del énfasis, y en el delirio de la hipérbole terminan por pintar al «delfín en las selvas y al jabalí sobre las olas»; disfrutan y hacen gala de un romanticismo repolludo, de repercusión espiritual deletérea...

¡La tragedia de nuestra América estriba en ser la madre de Cantinflas!

II

EL SER DEFINITIVO

Su acaudalado padre quería a toda costa que siguiera una profesión liberal. «Aunque te lleguen las barbas a la cintura —solía decirle— tendrás que asistir a clases». No estaba lejos de cumplirse el vaticinio paterno cuando lo conocí.

Más tarde la honesta ambición del progenitor de sus días, ante la proximidad irrecusable del fracaso, varió de curso, y le vi entonces dedicarse con marcado denuedo a la carrera recia y aleatoria de los negocios.

No podía afirmarse que hubiera ganado mucho con el trueque. Era de los rezagados evidentes de la clase que nunca logran reivindicarse en el patio y la vida lo desconcertaba como a un barquichuelo de papel el vórtice de un río.

El antepasado inmediato lo puso al frente de uno de sus establecimientos. Fracasó.

La fortuna, con femenina inconstancia, dejó de mano a la familia. Muerto el jefe de ésta, siguió el hijo girando con la irresponsabilidad del propio ritmo. Han pasado los años. Y quince veces en aquella tierra pródiga en que el helecho acuña y manifiesta su tesoro pluvial, los árboles frutales han mostrado «de la esperanza el fruto cierto».

Alguien llega del sur. Me visita para espetarme la noticia: Lo han visto de repartidor de pan.

Cogitabundo me digo, ¿cómo es posible que no hubiera pensado jamás en el ser auténtico de este hombre que no ha hecho sino conjugarse de modo leal y necesario con su destino? Ayer nadie más alejado que él en apariencia de la profesión que hoy ejercita y que, en rigor, lo ha reclamado, porque—sencilla y escuetamente—era uno de los suyos. Hoy es repartidor de pan, porque ayer merecía serlo. Nada más. En opinión de Aristóteles, ha pasado de la potencia al acto y es un hombre feliz. Adhiero a esta opinión maestra.

No me lo puedo imaginar como quería ser. Lo imagino como tenía que ser, como es, consecuente consigo mismo, inmanente a su ser definitivo, repartidor de pan, en suma,

Es alto, macizo, sonrosado. Creo que su padre soñaba con que fuera parlamentario. En los textos de preceptiva literaria había leído algo respecto a las condiciones físicas del orador, y su hijo las superaba con exceso...

Lo veo salir por la mañana húmeda, caliginosa de mi tierra. Su paso debe ser jovial. También el de su caballo. Su estatura ha de verse colmada por la cimera blanca del gorro que suelen llevar los del oficio. Lo aguardarán en horas precisas casi las dueñas o las empleadas y los niños y de sus manos que han conocido y prodigado los halagos que el bienestar procura, recibirán el pan cordial.

Le tendrán, tal vez, apodos. Apodos tibios, muelles, como la mercancía que él les ofrece y que prestigia con su estimable presencia cotidiana. Los que saben de su esplendor pretérito le depararán amable trato. Lo preferirán y lo recomendarán, sin duda. Los ex condiscípulos ya profesionales le depararán gratuita atención.

El retorno a casa es atardecido. Se magnifica con el cariño de sus hijos, que le aguardan con «la ternura leve como el agua y la harina». La harina que le empolva el rostro de «pa-

nadero blanco como ángel», el rostro de la holgura y albura resignadas de profesional frustrado y panadero meritorio.

Lo he comprendido. De veras, comienzo a estimarlo con decidida admiración. ¿Por qué no se generaliza la felicidad? Quizá las aptitudes de tantos profesionales que conozco no han alcanzado aún su Ser Definitivo...

III

BREVÍSIMA RELACIÓN DE UN RELATO DE DAUDET

Ocurre poco después de la derrota de 1870, en Alsacia.

Berlín ha impuesto en los territorios conquistados la lengua de los vencedores. ¡Ay de los vencidos!

M. Hamel va a dictar esa mañana su última clase en el idioma que la Revolución había escogido entre muchos, hacía cien años, para significar la tricolor bandera de la democracia: Liberté, Égalité, Fraternité...

El pequeño Frantz llega con retraso. No es la primera vez que lo hace. Es difícil resistir al hechizo del bosque, capa de sutiles resonancias vegetales que su sensibilidad de niño apura cada vez con renovada fruición. La verdura y el canto hinchan la garganta grávida de secretos de la tierra y lo embriagan con trémula dulzura emocionada, como palpitación de savia, de rocío, de pájaro que emprende vuelo de asombro hacia un azul remoto de inquietudes, invadido de sueño.

¡Oh sorpresa! M. Hamel le depara recibimiento cordial. No lo riñe. Ha depuesto su clásica rigidez. No lleva bajo el brazo su regla de hierro, dura concreción de la disciplina docente. «Ve pronto a tu sitio; íbamos a comenzar sin ti», le dice con tono afable.

Los bancos que solían permanecer desiertos están ahora ocupados por las personas más conocidas de la aldea. Repara en el anciano Hauser, que lleva tricornio, en el alcalde, en el cartero. La sala está poblada de una solemnidad triste.

El maestro dicta su última clase de francés.

Las palabras de M. Hamel surcan persuasivas un océano de silencio. Llegan hasta él en demanda de la lección... ¡Pero él no sabe el acuerdo de los participios! ¡Es el incapaz del tributo mínimo que se debe al desvelo cordial! ¡Qué agravios ha inferido a la patria su negligencia culpable! ¡Si apenas escribe La ha postergado por motivos fútiles.

Permanece de pie, abatida la cabeza que rehusara aprehender los conocimientos para decapitar el minuto recóndito de desesperanza que señorea los corazones de sus compatriotas oprimidos. Ha omitido el bien de la cultura. Es un delincuente.

En un extremo de la sala, el anciano Hauser sustenta sobre sus rodillas un silabario cuyos bordes se ven mordidos por los años que se deslizaron sin provecho.

Siente que todo golpea su amargura sin sollozo.

¿No debe el maestro reconvénirlo con austera energía? Pero M. Hamel no lo reconviene sólo a él. Con voz pausada, grave, anuda reflexiones como aquel que prepara una cuerda recia para los que tienen que elevarse desde el abismo. Y habla acerca del trabajo, de su realidad impostergable, de su esencia que nos indemniza de todo mal. Y habla sobre todo de la importancia que tiene el estudio del idioma patrio. «El pueblo que cae en la esclavitud posee la llave de su prisión mientras conserva su lengua», concluye enfático.

M. Hamel va a terminar sus últimas lecciones de gramática y escritura. Los alumnos lo escuchan con avidez, los adultos, con el frenesí y la premura y el arrepentimiento que provoca la dilatada ausencia lamentable.

Ya vuelven los prusianos de sus ejercicios. Un chorro insolente de sonidos marciales estalla bajo las ventanas de las escuelas e irrumpe en la sala de clases de donde se destierra el dulce y profundo influjo de la patria.

M. Hamel quiere decir algo. Está sofocado y no logra con-

seguirlo. Toma entonces un pedazo de tiza y escribe: ¡Vive la France!

Y este desgarrador grito silencioso que horada la sombra de la derrota expresa la voluntad de existencia perdurable de un pueblo que ha sabido y sabe mantener, metálica y bruñida, la llave de su prisión.